

EL VERANO DE TU VIDA



LUCY MORTON

BASADA EN HECHOS REALES
(Algunos personajes de la historia
son fruto de la imaginación de su autora.
Los protagonistas sí existen en la vida real)



Copyright © 2016
Lucy Morton
Registro de la Propiedad Intelectual.
Todos los derechos reservados.
© EL VERANO DE TU VIDA.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

ÍNDICE

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

CAPÍTULO 1

KATE

24 horas antes de la boda

Esto no puede estar pasando. ¡No puede estar pasando! Quiero gritar, quiero bailar, quiero irme a un karaoke, ponerme hasta arriba de mojitos y cantar toda la noche. En 24 horas, voy a casarme con el hombre más maravilloso sobre la faz de la tierra y no puedo creer que una chica como yo, del montón, haya tenido esta suerte.

Conocí a Martin en un pub de Nueva York al que solía ir con mis amigas cada viernes. Había acabado de romper mi relación de un año y medio con un idiota llamado Joshua y lo único que me apetecía esa noche era tener sexo sin compromiso con un completo desconocido. Quería arriesgar, necesitaba aventura y pasión. Me puse el vestido rojo. Sí, ese vestido rojo, llamativo, ajustado, escotado y exuberante que todas las mujeres tenemos en nuestro armario, pero que no nos atrevemos a ponernos nunca. Llamé a Charlotte, Pam, Lucy y Betty, que como siempre, vinieron corriendo a consolarme. Era una suerte poder contar con ella, no todo el mundo puede decir que tiene las mejores amigas del mundo.

—¡Menudo idiota! —dijo Charlotte, la más pizpireta y alocada de todas—. ¡Por la soltería!

—¡Por la soltería! —gritamos todas al unísono.

Excepto Betty. Betty, la más modosita del grupo, el ratón de biblioteca siempre con sus inseparables gafas de pasta y

sus moños mal hechos, se limitó a sonreír en silencio.

—¿Qué pasa, Betty? —preguntó Lucy, una cascarrabias malhumorada, que a pesar de todo, soportábamos por sus siempre graciosos chistes.

—Bueno, yo... —balbuceó Betty—. He conocido a un chico.

Nos reímos y a continuación, la bombardeamos a preguntas. Lo cierto, es que aunque me alegraba por la dulce Betty, no me apetecía escuchar lo bonito que había sido su encuentro en el metro con un atractivo hombre con el que acababa de iniciar una relación; tras otro fracaso personal que anotaría en mi agenda de relaciones amorosas. Gracias a mi distracción, vi al hombre más perfecto que Dios (si es que existe), creó. Oh, sí... En ese momento creí en Dios y en los ángeles que habían traído hasta la tierra a un Adonis de cabello castaño, ojos rasgados de color azul y unos labios carnosos que deseé desde el primer momento. No pude evitar mirarlo fijamente con descaro, mientras mis amigas seguían hablando con Betty sobre el *tío del metro*. Él dejó de mirar al tipo barbudo que tenía enfrente para devolverme la sonrisa. ¡Qué sonrisa!

—Kate. Kate. Kate. ¡Kate! —chilló Pam—. ¿Qué te pasa? ¿Dónde estás?

La voz chillona y aguda de Pam hizo que todos los presentes en el pub nos miraran. Me sonrojé y en un ataque de valentía, me levanté y fui hacia el Adonis que me había robado el corazón desde el minuto uno en el que reparé en su presencia. Claro que en vez de saludarle, me coloqué estratégicamente entre él y su amigo y me apoyé en la barra dirigiéndome al atolondrado camarero, utilizando dos tácticas infalibles: Pechos y trasero. Trasero en pompa, pechos apoyados en la barra pareciendo más tersos, redondos y deseables.

El amigo barbudo del Adonis puso los ojos en blanco y se fue al baño.

—Martin Logan.

¡Mi Adonis tenía nombre!

—Kate Spencer.

Sonreí pícaramente ofreciéndole mi mano. Él la besó, como los galanes de Hollywood de la época dorada.

—¿Quieres algo? Yo invito —se ofreció, caballeroso y amistoso.

—Un *Bloody Mary* —respondí coqueta.

Fue el inicio de la mejor noche de mi vida. Tal vez estuviera mal que dejara colgadas a mis amigas. Al fin y al cabo, habían quedado conmigo esa noche para consolarme y yo se lo pagaba, sustituyéndolas por un hombre al que acababa de conocer. Y aunque en principio, lo único que quería esa noche de noviembre era olvidar mis penas, ahogarlas en alcohol y tirarme a cualquier tío en el mugriento baño de un pub; acabé descubriendo que era verdad lo que mi abuela decía siempre: «Cuando sientas mariposas revoloteando por tu estómago, habrás encontrado al amor de tu vida».

Cinco años más tarde, las mariposas siguen revoloteando por mi estómago cada vez que estoy con él. Y hoy además, una mezcla explosiva de temblor en las piernas y un nudo de emoción en la garganta, han venido a visitarme para hacerme saber que al fin, uniré mi vida con la del hombre al que amo. ¡Para siempre! En la salud y en la enfermedad, hasta que la muerte nos separe.

Reviso mi agenda. Quiero que todo esté perfecto mañana. Vestido y complementos listos, el restaurante, las flores, la iglesia, el menú, la tarta nupcial, los invitados... Martin se ha portado muy bien. Ha dejado que me quede sola en el apartamento que compartimos desde hace tres años, y se ha ido a la habitación de un hotel. Imagino que habrá salido a celebrar la última noche de soltero con sus amigos, aunque prometimos que nada de "alocadas" fiestas en las que el hombre prometido acaba tirándose a la del *strep-tea-se*. No pasa nada, confío en él y sé que no le van ese tipo de mujeres. Martin es elegante y refinado, cuidadoso hasta con el más ínfimo detalle. A veces me pone un poco nerviosa que quiera tenerlo todo siempre tan organizado, pero hasta eso me gusta de él. Suena mi teléfono, es Betty. Betty se casó el año pasado con el tío *del metro*. Lo llamo así

porque soy muy mala para los nombres y no recuerdo cómo se llama. Y sí, sé que tal vez soy la peor amiga del mundo por no recordar el nombre del marido de una de mis mejores amigas.

—¿Todo listo, Kate? —pregunta entusiasmada.

—¡Sí! He estado revisando las listas y todo está preparado.

—¿Y Martin?

—Supongo que en el hotel. No nos veremos hasta mañana en el altar. ¡En el altar, Betty! ¡Oh, Dios...! Estoy tan nerviosa... ¿Tú también estabas tan nerviosa? No lo recuerdo.

Betty no se desprendió de sus gafas de pasta, ni siquiera enfundada en el bonito vestido de novia palabra de honor que llevó el día de su boda. El *tío del metro* la miró embelesada como si fuera la mujer más hermosa del mundo. Recuerdo haber envidiado esa mirada y haber deseado con todas mis fuerzas, que Martin me mirara así el día de nuestra boda.

—Claro que sí, Kate —dice riendo—. ¿No lo recuerdas? Me temblaban las manos, Karl ni siquiera acertó a la primera al colocarme el anillo de casados.

Eso es, Karl. Recordaría el nombre del *tío del metro* hasta después de la boda.

—¿Quieres que quedemos? ¿Se lo comento a las chicas? —propone.

—¡Claro!

5 horas antes de la boda

—Y como iba diciendo... Una boda es la culminación de todo el amor que dos personas sienten la una por la otra. Lo más importante en la vida es amar y ser amado. Sentir esas mariposas revoloteando por tu estómago desde el primer día hasta el último. Hasta que te mueras.

—Kate... Has bebido demasiado, cariño —dice Betty, que me sostiene del brazo izquierdo, mientras Charlotte hace lo mismo con mi brazo derecho.

—No, no... estoy bien.

¿Qué me pasa? ¿Por qué mi voz suena gangosa? Lucy y Pam se ríen, mientras Charlotte y Betty parecen llevar todo el peso del mundo a sus espaldas.

—Te has engordado un poquito ¿no? —rechista Charlotte.

—¿Qué hora es? —pregunto de repente, abriendo en exceso los ojos.

—Las siete de la mañana, Kate. Y quedan exactamente, cinco horas para que de comienzo la función —responde Pam.

—¡Mierda, mierda, mierda!

Creo que solo el ruido de mis tacones al correr, se escuchan por las calles matutinas de la ciudad de Nueva York. Las chicas, se apresuran a perseguirme y no sé cómo demonios consigo llegar sana y salva a mi apartamento. Cuando me miro al espejo me doy pena.

—¿Pero por qué me dejasteis beber tanto anoche?! —les recrimino señalándolas una por una con el dedo.

No dicen nada y se apresuran a prepararme todo lo que necesito para estar perfecta y presentable encima del altar junto a Martin. Me lavo la cara, un esperpento con el rímel corrido, unas enormes ojeras lilas y una tez pálida que dice a gritos que se marea y que quiere vomitar. Limpio mi cabello grasiento y mis pies negros, que no sé qué han debido pisar para que se encuentren en ese deprimente estado.

—¡Venga, venga, venga! —exclamo.

Llegan las arcadas. Me encierro en el cuarto de baño a vomitar y cuando me desprendo de todos los mojitos, whisky, *Bloody Mary's* y *Manhattan's*, logro respirar hondo y tenerme en pie con normalidad.

Las horas pasan demasiado rápido cuando tienes prisa. Las agujas del reloj no se apiadan de nosotras y mis amigas, una a una se van yendo a sus apartamentos para acabar de arreglarse. A las 10h de la mañana vienen mis padres y afortunadamente, no sospechan que no he dormido y que hasta hace tan solo unas horas estaba borracha como una cuba. Gracias a unas cuantas aspirinas y a un café con sal, he vuelto a la vida.

—¿Te has aplicado corrector de ojeras, cariño? —pregunta mi madre, escudriñándome con atención.

—Sí... —murmuro yo malhumorada, dirigiéndome de inmediato al cuarto de baño, para volver a aplicarme el dichoso corrector anti ojeras que no funciona tan bien como promete en televisión.

Esto no hay quien lo arregle. Martin no me mirará como si fuera la novia más hermosa del mundo, sino como diciéndome: «¿Qué hiciste anoche? ¿Fiesta loca? ¿No quedamos en que no?».

La Boda

Entiendo el temblor de manos que tuvo Betty el día de su boda, porque es el mismo que tengo, yo mientras voy de camino a la Catedral de San Patricio donde le juraré amor eterno a Martin.

—Son simples papeleos. ¿De verdad quieres que formalicemos lo nuestro, Kate? —comentó hace un año.

Al ver mis lágrimas, Martin me abrazó. Al día siguiente, se me declaró en mi restaurante preferido, el Balthazar, situado en el Soho.

—Cariño, todo irá bien —dice mi padre, interrumpiendo mis pensamientos—. Mírate, estás preciosa.

—Bueno, estaría aún más preciosa si hubiera dormido algo más —rechista mamá, poniendo los ojos en blanco y dando un largo suspiro de esos que sabe que me sacan de quicio.

Sí, estoy guapa. Me he mirado en el espejo y por primera vez en mucho tiempo me he querido a mí misma. El elegante vestido blanco con pedrería palabra de honor, me queda bien y aunque he engordado tres kilos por los nervios, la cremallera no se ha visto forzada. He dejado un mechón de mi cabello rubio cayendo sobre mi rostro perfectamente maquillado, pero me temo que con el calor que hace en Nueva York en pleno mes de julio, me voy a derretir de un momento a otro. ¿A quién se le ocurre casarse en julio? ¡Maldita sea! Lo tendría que haber pensado mejor y elegir noviembre o diciembre. El maquillaje seguiría intacto y las raíces de mi cabello y mis axilas, no sudarían como lo están haciendo ahora.

Diez minutos más tarde, mis padres y yo salimos de la limusina blanca repleta de rosas del mismo color, que espe-

rará a que salga de la mano de Martin. Me estremece un poco pensar, que al salir de la Catedral de San Patricio, ya no seré Kate Spencer, sino Kate Logan. La señora Logan. Oh, Dios mío... da vértigo. Vértigo de verdad.

Respiro hondo como si estuviera en clase de yoga, y ante la atenta mirada de los transeúntes, que caminan por nuestro lado como si se tratase de un sábado normal; me cojo del brazo de mi padre y subimos las escaleras hasta la entrada de la Catedral. No, no es un sábado normal y corriente. No para mí. Es el día de mi boda, el día con el que sueño desde niña. Desde que me colocaba la funda blanca del cojín en la cabeza y correteaba por casa diciendo «¡Es el día de mi boda! ¡Es el día de mi boda!». Cuánto ha llovido desde entonces.

Mi madre entra con algunos de los invitados que aún están en la calle, contemplándome como si hubieran visto a una Diosa. Les saludo y les digo que luego hablaré detenidamente con ellos. Entienden mis nervios, asienten, y entran en la Catedral antes que yo.

—¿Preparada, mi vida? —pregunta papá.

—Sí.

—¿Recuerdas cuando te colocabas las fundas blancas de los cojines en la cabeza, cariño?

Su pregunta me hace reír.

—Claro que lo recuerdo, papá.

Y los nervios desaparecen.

La marcha nupcial suena melodiosa y refinada de la mano de un pianista situado en el fondo de la Catedral. Lo primero que hago al entrar es mirar a Martin. ¡Qué guapo está! Lleva el cabello engominado hacia atrás y la barba de tres días que llevaba hace dos, ha desaparecido. Me gusta más cuando se afeita, así puedo ver los divertidos hoyuelos que se le marcan en las mejillas al sonreír. Parece nervioso. Me mira y no sonrío. Está serio, demasiado serio.

—¿Todo bien, Kate? —pregunta papá, apenas en un susurro.

No. Algo no va bien. Quisiera salir corriendo, quisiera no sentir este vértigo y este maldito temblor de piernas por el que me voy a dislocar los tobillos. Miro a mi alrededor. Los invitados, elegantes y majestuosos, están de pie y me miran como si fuera una divertida chiquilla repartiendo caramelos en una cabalgata de Carnaval. Mis amigas, sonrían emocionadas enseñando exageradamente los dientes, por lo que va a suceder en unos minutos y sé que piensan algo así como: «¿Lo ves, Kate? ¿Ves como no te quedarías soltera y acabarías viviendo con siete gatos en un minúsculo y viejo apartamento del Soho?»

Creo que quiero vomitar. O morirme. Escudriño la expresión del rostro de Martin y temo que sea él el que salga huyendo. ¿Por qué tengo esta sensación? Hace 24 horas estaba emocionada, ilusionada por el acontecimiento más importante de mi vida. Y sin embargo, ahora estoy aquí, dudando de mi novio y futuro marido al ver la cara de perros que se le ha puesto al verme. No me mira como el *tío del metro* miró a Betty el día de su boda. Me mira, sí, pero como cuando tiene algo malo que contarme.

El pasillo hasta el altar, me resulta más largo, fatigoso y trágico que el de la película "El Resplendor". Finalmente, me sitúo enfrente de Martin y le sonrío. Pero maldita sea, ¿por qué no me sonrío? ¿Por qué? Me encojo de hombros y le interrogo con la mirada. A pesar de llevar cinco años juntos, no interpreta correctamente mis gestos. O a lo mejor no quiere interpretarlos. No parece querer estar ahí y a la vez, parece estar en otro mundo. En otro lugar muy lejos de mí.

El párroco empieza a hablar. Dirigimos nuestra atención hacia él, los invitados se acomodan, mi madre aplaude despacito no sé por qué y yo busco en la mirada del pianista un poquito de compasión al no haber recibido las palabras que esperaba por parte del que va a ser mi marido: «Qué guapa estás, Kate».

El sermón se me hace eterno. Busco la mirada de Martin pero no la encuentro. Entre los invitados, su amigo el barbudo con quien nunca me he llevado bien, está llorando.

¿Freddy llora? ¡Ni siquiera mi madre está llorando! ¿Qué es lo que pasa aquí? Martin lo mira. Le doy un codazo y el párroco alza las cejas.

—¿Pasa algo? —susurra el párroco, acercando su arrugado rostro a nosotros.

—Sí —responde de repente Martin.

—¿Qué? —digo yo.

—No quiero, Kate. No quiero. No, no... Yo... —empieza a vacilar.

Una furia desconocida se apodera de mi fuero interno y entonces me doy cuenta. Freddy, su feo amigo barbudo, ha abierto extremadamente los ojos casi tanto como yo y ha dejado de llorar. Martin lo mira de la misma forma que el *tío del metro* miró a Betty el día de su boda. Reprimiendo mis ganas de darle un puñetazo y una patada en los huevos, salgo corriendo por la puerta de la Catedral, avergonzada y humillada ante los 200 invitados. Entro rápidamente en la limusina y le exijo al chofer que arranque. Me da igual adónde vayamos, pero debe salir ya.

No he salido por la puerta de la Catedral de San Patricio como la señora Logan que imaginaba que iba a ser, sino como la Kate Spencer de siempre, que acabaría viviendo sola con siete gatos en cualquier cuchitril del Soho; porque el que creía que era el hombre de su vida, la ha dejado plantada en el altar por el hombre de la suya.

CAPÍTULO 2

STUART

72 horas antes del viaje

Cada vez más personas odian los lunes. Cada vez más personas desean que llegue el viernes. Estudios realizados por la Universidad de Sidney, revelan que el miércoles es el día más depresivo. La mayoría dedica su tiempo a cosas que no les gustan porque necesitan dinero. Si el dinero no fuera el propósito, ¿a qué dedicarías tu tiempo? ¿Estarías haciendo lo que haces hoy? Nos regalaron el derecho de vivir, pero no sabemos por cuánto tiempo. El tiempo es lo único que no se recupera. Ni el más rico del mundo puede comprar un minuto más de vida. A menos que sepas regresar en el tiempo. La única manera de cambiar tu futuro es haciendo algo con tu presente.

El segundo arrepentimiento más común antes de morir es: «Ojalá no hubiera trabajado tanto». El 87% de los empleados del mundo son infelices. El 30% está pensando en renunciar y emprender algo propio. ¿En qué estará pensando el otro 57% restante?

Salgo de la agencia de viajes con un insoportable nudo en la garganta. Por mi lado, pasa una chalada vestida de novia que corre como alma que lleva el Diablo llorando desconsoladamente. Todos se giran para mirarla, yo estoy demasiado ensimismado en mis propios pensamientos como para darle protagonismo a alguien más. Está siendo un

año difícil. Un año en el que se hace cuesta arriba hablar con la gente, decirles qué es lo que realmente pasa. No contesto a las llamadas de mis amigos y hace meses que no quedo con ellos. «Venga, Stuart. Una partidita de billar al menos». Les cuelgo el teléfono y me limito a no hacer nada o a ir hasta el lugar donde he pasado encerrado la mayor parte del tiempo a lo largo de este último maldito año. Terrorífico año. Espeluznante año. Me río solo por las calles del Soho y olvidando a la lacrimógena mujer corriendo por las calles vestida de novia, entro en un bar. Pienso que quizá, hay personas más desgraciadas que yo y eso en parte, me alivia.

Es la una del mediodía y mi estómago me pide a gritos algo de alimento. Pido un sándwich y un café. Sé que debería cuidarme más, pero a este tipo que hace poco se lo rifaban en los anuncios de televisión, no le apetece demasiado mirar por sí mismo.

—¡Ey! ¡El de la tele! —le grita una adolescente a su madre.

—¿Tú eres el del anuncio de *vispring*? ¿El que se aplica las gotas en el tren? —pregunta la madre, una mujer regordeta y poco agraciada de unos cuarenta y tantos, acercándose a mi mesa e invadiendo mi espacio vital.

Asiento avergonzado, aunque no es la primera vez que me sucede.

—¿Qué próximos anuncios tienes pendientes? —se interesa.

—Ninguno, déjeme en paz.

—¡Menudo borde! —sigue chillando la adolescente.

La camarera, una joven de unos veintitantos años, me mira con lástima desde la barra. Se acerca a mí. Lleva su cabello rubio ondulado recogido en un moño deshecho y sus ojos azules son grandes y brillantes. Me sonrío amistosamente.

—Debe ser duro eso de ser famoso —comenta, con la libretita y el bolígrafo preparados para tomar nota.

—Un sándwich y un café. Gracias.

—¿Te encuentras bien?